

Melissa había tenido un día agotador, y se mete en la cama casi vestida porque al día siguiente tendrá que volver a levantarse a las siete.

Su vida, al menos hasta que se casó, había resultado de lo más azarosa.

Para empezar nació en Nueva York, de padre español, gallego, y madre cubana.

Sus padres se divorciaron cuando ella tenía cuatro años, casi cinco.

Todavía lo recordaba como algo traumático porque adoraba a su padre, y él los abandonó por otra mujer.

Como su madre no tenía ningún familiar en Norteamérica, ya que había huido sola de su país, y no sabía a donde ir con sus dos hijos, ella y un recién nacido; se le había ocurrido viajar a la aldea de su esposo.

Al llegar allí, con tan solo cinco añitos, se había dado cuenta de que los habitantes de aquella región eran más bestias que los animales de los que cuidaban y se alimentaban.

Su padre debía haber sido el más refinado del pueblo, y ella, al hacerse adulta, comprendió la razón que le había llevado a atravesar el océano y a no querer nunca más regresar.

Su madre, que aún estaba enamorada de él, pensó que se cansaría de su idilio y regresaría al hogar.

Y así fue, al cabo de unos años dejó plantada a la otra con un niño, pero antes ya se había buscado la siguiente, y así continuó el muy bribón hasta la actualidad.

Su madre tenía que haber sufrido tanto que ella no se lo podía ni imaginar.

Para empezar, había pasado de usar pañales desechables con su hija, a tener que lavar a mano las compresas de tela que utilizaba con su hijo, porque en casa de su abuela no había ni siquiera lavadora.

En cuanto a tecnología, allí carecían de todo.

Sin duda ése era el motivo por el que el ochenta por ciento de los habitantes habían emigrando, bien a Madrid, bien a París.

Su padre, tan original él, era al parecer el único al que se le había ocurrido la idea de irse a Nueva York.

El condenado era guapo, y como trabajar nunca debía haberle gustado demasiado, había agudizado el ingenio.

Debía ser cierto eso que decía su hermano, también muy apuesto, pero de la acera de enfrente.

Él, que había estudiado una carrera y tenía ideas brillantes, no como ella, que a duras penas había conseguido aprobar tercero de BUP, que se llamaba entonces; tenía la teoría de que el progreso social puede ser medido por la insatisfacción sexual del sexo femenino.

La verdad es que, afortunadamente, en su caso no tenía ningún problema de esos, aunque pudiera deberse al hecho de que su marido era árabe, que teóricamente poseían una cultura mas arcaica.

Sin embargo creía que la engañaba.

Cada vez que viajaba a Marruecos a por género para vender en su tienda, que por cierto la tenía debajo de casa para así mantenerla bien controlada, ella sospechaba que había estado con otra mujer.

Podía verla en sus ojos, e incluso esforzándose mucho sería capaz de apreciar su imagen porque se le quedaba grabada en las pupilas.

Al cabo de unas semanas se le borraba, y así llevaban desde hacía diez años que se habían casado.

En el fondo no le importaba, y en noches como aquella, que se iba rendida a la cama, llega incluso a comprender la conveniencia de la poligamia.